

LOS ANILLOS PERDIDOS DE AVALON

Mi nombre es Safert y tengo una misión: encontrar los Anillos Perdidos de Ávalon.

Todo empezó una tarde gris hará un par de meses. Disfrutaba del sabor amargo de un café mientras leía una interesante novela de fantasmas en la terraza de una cafetería cualquiera. Mi teléfono móvil comenzó a sonar estridentemente por encima de las voces de la gente. Al descolgar, una suave voz femenina me indicó que tenía un trabajo para mí si lo deseaba. Anoté la dirección en una servilleta y sin nada mejor que hacer, pagué el café y me levanté de la incómoda silla.

El lugar escogido para la cita eran unos viveros con poca afluencia de personas en aquella época del año. Me encendí un pitillo entre los labios y aspiré profundamente el humo, dejando que envenenara mi cuerpo y mi alma. Una mujer ataviada con una gabardina semejante a la que yo llevaba puesta, pero de color gris ceniza, se aproximó a mí lentamente. Sus tacones penetraban en la húmeda tierra, embarrando sus relucientes zapatos de pinta cara.

- Buenos días señor...

- Safert, llámeme Safert. – Le dije a aquella rubísima mujer de labios rojos. Sonreí para mis adentros.

Mi aspecto andrógino. Siempre confundía a la gente, y mi voz no ayudaba a aclarar sus dudas, cosa que me divertía bastante y procuraba acentuar con el peinado y la ropa.

- De acuerdo, Safert. Mi nombre es Rose y estoy interesada en contratar sus servicios.

- ¿Cómo puedo ayudarla? – Cubría su rostro con unas enormes gafas de sol. Por lo general, siempre me ha molestado que me hablen llevando esas monstruosidades puestas en la cara, como si pretendieran ocultar algo. Pero a ella podía perdonárselo por las suaves pantorrillas que asomaban por debajo de su gabardina.

- Verá, trabajo para una empresa muy importante, cuyo nombre no mencionaré por discreción...

- La ocultación de datos no ayuda mucho en mi tarea.

- No se preocupe, esto no le afectará. La junta directiva esta interesada en adquirir cierto objeto... escurridizo.

- Ya veo. ¿Tiene algo más de información? Yo sólo busco, no adivino.

- Sabemos que se encuentra aquí, en esta ciudad. Hace tiempo, en una excavación inmobiliaria, se encontraron los restos de una civilización muy antigua. – Ella se relamió los labios, pues probablemente el carmín se reseca por el frío y cortante viento.

- Oí algo en las noticias, sí.

- Estamos convencidos de que en aquellos restos se encontraban los Anillos Perdidos de Ávalon, una reliquia muy valiosa que nos interesaría poseer a cualquier precio. El problema es que cuando logramos infiltrar unos cuantos topos en la obra, alguien ya los había robado. – Rose calló, esperando algún comentario por mi parte que nunca llegué a pronunciar. Volvió a humedecerse los labios antes de seguir con su parloteo.

- No hemos podido averiguar quien sustrajo los Anillos, pero estamos convencidos de que siguen aquí.

- ¿Cómo lo sabéis?

- Esa información no es relevante para usted, y aunque lo fuera no me está permitido revelársela. – Se acercó peligrosamente a mí, dejándome aspirar la dulce fragancia de su perfume. - ¿Cree que podrá encargarse del trabajo?

¿Cómo se supone que podía negarme? No soy de piedra, y sus carnosos y húmedos labios rozaban mi oreja provocándome un escalofrío demasiado placentero.

Tras ultimar algunos detalles como el precio de mis servicios y algunos datos más sobre la reliquia, precisos para comenzar a investigar, se despidió de mí con un frío apretón de manos. Su imagen en mi retina quedó grabada a fuego mientras se marchaba contoneándose por la misma dirección por la que había aparecido.

Lo primero que hice, después de encenderme otro cigarro fue comprobar el saldo de mi cuenta con el móvil. Efectivamente, el dinero había sido ingresado. La mitad ahora y el resto cuando les entregara la reliquia. Ese fue nuestro acuerdo.

Me llevó más de dos semanas en averiguar el paradero de toda la gente que había tenido acceso a la obra. Y en el transcurso de todos esos días sentí una mirada clavada en la nuca, persiguiéndome a cada paso que daba en la investigación. Rose me volvió a llamar, impaciente.

- ¿Cómo lo lleva?

- Ya he descartado a casi todos los sospechosos, sólo me quedan tres tipejos ilegales por investigar.

- De acuerdo, nos veremos cuando tenga en su poder lo que le pedí.

La línea quedó colgada, taladrando mi oído izquierdo con un estridente pí-pí-pí. No colgué inmediatamente, de hecho, fingí seguir hablando despreocupadamente. Volvía a sentir que me vigilaban. Rápidamente me giré, y observé minuciosamente a mi alrededor. Una muchacha de pelo color rosa chicle salió corriendo antes incluso de que nuestras miradas llegaran a cruzarse. ¿Podría ser aquella cría de gusto excéntrico la que me espía constantemente? Si era así, ahora que la había visto debía tener más cuidado, o al menos teñirse el pelo de un color más discreto.

Al fin, tras infinidad de paseos nocturnos por calles de mal vivir y peor morir, logré encontrar al advenedizo que se había apropiado indebidamente de los Anillos. Resultó ser un extranjero sin papeles, que lo único que sabía pronunciar en mi idioma cuando lo conocí, eran unos pocos comentarios obscenos y diversos insultos mediocres y poco imaginativos. Encontrarle resultó más difícil de lo que pensé en un principio, pues si es cierto que trabajó en aquella obra, no constaba en ningún tipo de documento. Los oficiales sólo lo conocían de vista y únicamente un compañero suyo “ilegal” me supo decir su nombre y dónde encontrarlo, bajo la amenaza de denunciar su situación a las autoridades pertinentes. Era un hombre joven, mugriento y sobre su espalda pesaba más sufrimiento del que yo hubiera sido capaz de soportar en vida. Pero eso no me importaba en absoluto, sólo quería conseguir los dichos Anillos, y por ende, cobrar mi pasta.

Al parecer, necesitó escupir sangre y dientes para aprender mi idioma lo suficiente para contarme que sí, efectivamente, él había encontrado algo allí abajo. Una especie de pulseras atadas entre sí por una cadena plateada. Las llevó a una tienda de empeño de dudosa reputación. No le entregaron ni dos chavos por ellas, y a mí me habían pagado ya más de un millón sólo por empezar a buscarlas.

Si se desconocía su auténtico valor, quizá me resultara más sencillo encontrarlos. Quizá.

La tienda, si es que podía llamarse así a un local oscuro y polvoriento, plagado de cachivaches en diversos estados de decrepitud y rotura y sin clasificar, colocados en los estantes y vitrinas sin ningún orden ni acierto. Un viejo calvo de mirada vidriosa y suspicaz parecía ser el dependiente. En cuanto me vio entrar por la chirriante puerta, sus

pupilas se dilataron de emoción. Probablemente no era el tipo de lugar frecuentado por gente que todavía conservara toda la dentadura y mucho menos, vistieran traje de marca.

No entraré en demasiados detalles, pero al final conseguí que me contara quien le había comprado los Anillos por un puñado de billetes. Hubiera preferido partirle los dedos a aquel gusano asqueroso, pero no deseaba llamar la atención sobre mi persona con actos violentos. De todas formas, a mí no me importaba realmente pagar, pues los gastos corrían a cuenta de mis benefactores.

El viejo recordaba perfectamente a la persona que se había llevado la reliquia, pues era un cliente más o menos habitual en aquella madriguera. Un busca tesoros, podría decirse, pero mientras que yo cobraba por encontrara un objeto en concreto, éste iba recopilando pequeñas joyas de aquí y de allá, para exponerlas a la venta en su propio negocio.

La joyería en cuestión se encontraba muy bien ubicada, en pleno centro bullicioso de la ciudad. Frente al escaparate fue dónde la encontré de nuevo. La Chica de Pelo Rosa. Contemplaba embelesada las joyas expuestas tras el limpio y reluciente cristal. Suponía que no tendría efectivo suficiente para hacerse con la reliquia, pero mi instinto me advertía que fuera con cuidado. Podría tratarse de una lunática que consigue todo lo que quiere aunque sea por la fuerza, y hoy en día cualquiera que pueda agenciarse un arma, es decir, todo el mundo, siempre tendrá la fuerza de su lado.

Me acerqué a ella por la espalda de manera sigilosa, cauta, sin llamar la atención de los transeúntes ni la de ella misma. Con un gesto ágil, rápido y discreto, le tapé la boca con una mano, mientras que con la otra le sujeté la muñeca con firmeza. Ella logró girarse y nuestras miradas se encontraron.

- ¿Pero qué coño...? – Exclamé. Sus pupilas eran dos espirales violetas que no dejaban de girar y girar en el sentido de las agujas del reloj. Quedé con tal desconcierto que relajé la fuerza con la que la sujetaba, momento que ella aprovechó para escurrirse entre mis dedos y salir corriendo a una velocidad insospechada para un ser humano.

Si hubiera estado colocado, en aquel momento podría haber encontrado una explicación plausible para lo que acababa de ver, pero no era el caso. Lo único que procesaba mi organismo era un bollo caliente y un café aun más caliente. Y por supuesto, media docena de cigarrillos, pero hasta dónde mi conocimiento llega, el tabaco no produce alucinaciones.

Con una gran dosis de confusión mental, conseguí despejarme lo suficiente para centrarme en mi objetivo: los Anillos, ya casi al alcance de mi mano.

Tuve una pequeña charla con el dependiente, que quedó encantado con el precio que le ofrecí por lo que el pensaba que eran unas meras baratijas. Realmente no tenían el tamaño de un anillo, a no ser que su propietario original hubiera sido un gigante de seis metros, cosa que no descartaba del todo, después de la extraña experiencia con la Chica. Más bien tenían el tamaño apropiado para ser unas lindas tobilleras, atadas entre sí con un fino cordón plateado.

El dependiente introdujo los Anillos en un estuche negro, aterciopelado por dentro, y éste en una bolsa con propaganda de su negocio.

Antes de que la puerta se cerrara tras de mí, la melodía de mi teléfono comenzó a sonar desde el bolsillo de mi pantalón.

- ¿Ya los tienes?

- ¿Cómo lo has sabido?

- Dígame dónde se encuentra y un coche irá a recogerle en diez minutos.

Rose no mintió. Un mercedes negro con cristales tintados se paró frente a mí. Tiré la mitad del cigarrillo que todavía no había terminado de fumar, y abrí la portezuela de atrás.

Aparte del desconocido chofer, nadie más se sentaba en el interior del vehículo, cosa que me alivió bastante. Todo aquello empezaba a adquirir tintes melodramáticamente surrealistas. Lo único que deseaba era coger mi pasta y olvidarme de todo. Pero sus ojos... Sus ojos seguían hablándome en el interior de mi mente, aunque en aquel momento todavía no era capaz de escucharlos o entenderlos.

Sospeché que el coche me había seguido todo aquel tiempo, pues tardamos más de cuarenta minutos en llegar a nuestro destino, sin dirigir ni media palabra con mi conductor particular, por cierto. Dudaba de que se encontrara tan cerca de dónde yo estaba por casualidad.

El coche traspasó una verja abierta en mitad de lo que antaño había sido un frondoso bosque caducifolio. Ahora no era más que un complejo de apartamentos y chalets para gente adinerada, aunque he de reconocer que la casa con aspiraciones a mansión a la que me condujo, se ubicaba bastante aislada del resto. No quise imaginar porque.

Rose nos esperaba en la puerta, vestida con un escotadísimo vestido negro, que contrastaba enormemente con su blanca piel de porcelana. Seguía llevando frente a sus ojos aquellas enormes gafas de sol, aunque el cielo estaba completamente cubierto de negros nubarrones.

- Veo que has tenido éxito.

- Supongo que sí. – Le tendí el estuche dónde el joyero me había entregado los Anillos.

Su rostro se iluminó con una sonrisa seductora y malévola al tiempo. Volvió a cerrar el estuche y lo guardó en su pequeño bolso.

- Te has ganado tu dinero, en seguida lo tendrás ingresado en tu cuenta, pero si quieres, primero puedes pasar...

Acepté su invitación con expectación, y me arrepentiré de ello el resto de mi vida.

Me llevó a oscuras de la mano hasta su opulenta habitación en el primer piso de la pequeña mansión. Cerró la puerta con llave para que nadie pudiera molestarnos. Deslizó los tirantes de su vestido, dejándome contemplar su cuerpo desnudo en la penumbra de la habitación.

- ¿Ya has averiguado si soy hombre o mujer? – le pregunté.

- Me encantan las sorpresas. – Aunque no se sorprendió demasiado cuando pudo contemplar mi cuerpo sin ropa. Se quitó las oscuras gafas de sol para poder apreciar mejor mi piel entre tinieblas, pero yo no me fijé en sus ojos, pues me concentraba más en recorrer con la mirada cada recodo de su escultural cuerpo.

Follamos como animales salvajes, sin tregua ni descanso. Incluimos en nuestros morbosos juegos mordiscos sangrientos y dolorosos arañazos. Copulamos hasta la extenuación. Todavía me quedaba el suficiente aliento para encender un cigarrillo y pasárselo a mi nueva amante, que seguía relamiéndose mi sabor de sus labios. Encendí otro para mí pese a que casi no podía ni respirar, pero la nicotina me exigía otra dosis tras largas horas sin poder fumar.

Llamaron inoportunamente a la puerta. Me vestí apresuradamente y de cualquier manera, pero a Rose le bastó con envolver su sudado cuerpo con la sedosa sábana de su cama revuelta.

Un matón con cara de perro viejo y astuto esperaba al otro lado de la puerta.

- Mira lo que hemos encontrado. – Un compañero suyo traía consigo a una chica maniatada que sangraba profusamente por nariz y boca, y presentaba numerosos moratones, deformando las facciones de su otrora bello rostro. El pelo rosa y sus ojos seguían intactos. Esos ojos... era ella.

- Vaya, vaya. ¿Quién tenemos aquí? Pero llegas con retraso si querías apoderarte de mis Anillos, pues ahora están en mi poder.

- ¡TÚ! – La Chica se sorprendió al ver la cara de Rose, como si ya la conociera y no le agradara reencontrarse con ella.

- ¡Traidora!

- ¿Me llamas traidora a mí? ¿A quién derrocasteis del poder? ¿A quien exiliasteis a este maldito mundo sin magia? – Rose escupió sobre las heridas del rostro de la Chica. Meditó unos instantes antes de pronunciar sus siguientes palabras.

- Creo que esta inesperada visita me puede ser útil, de hecho, no podrías haber venido en mejor momento. Llévala con las otras, y preparadlo todo. La ceremonia se celebrará esta noche.

De los ojos de la Chica salieron dolorosas lágrimas de terror, y su mirada volvió a encontrarse con la mía por segunda vez aquel día, pese a que me había ocultado entre las sombras todo el tiempo. Por un instante, sus ojos me mostraron un mundo extraño y fascinante, y su voz resonaba en mi cabeza, relatándome una historia, su historia.

En un mundo muy distinto del tuyo, dónde la magia todavía sigue viva, e infinidad de razas vivían en armonía entre ellas y con la tierra que les cobijaba, mi pueblo sufrió una grave tragedia de la que todavía no nos hemos podido liberar del todo.

Las imágenes se agolpaban en mi mente, dejándome ver inmensos dragones surcando un cielo azul profundo y límpido, un castillo encantado, con muebles que se movían por sí mismos, hadas revoloteando alegremente entre las flores de un verde prado soleado, e infinidad de gentes extrañas sonrientes y felices. Pero las imágenes se tornaron más y más siniestras, a medida que la Chica proseguía con su silencioso relato.

Una bruja, una malvada bruja, consiguió más poder del que se pudiera imaginar en aquel entonces, usando artes oscuras y perversas para conseguir sus fines. Se autoproclamó reina de mi pueblo, provocando cientos de calamidades sobre sus súbditos, a los que trataba como meros esclavos. Las bestias más sanguinarias le ofrecieron su protección, a cambio de poder desolar nuestra amada tierra a su antojo.

Difíciles y dolorosos tiempos tuvo que soportar mi pueblo, antes de decidirse de una vez por todas a terminar con el reinado de terror de Rose. La desesperación confirió la fuerza necesaria a sus brazos y espadas, y consiguieron librarse de ella, con demasiadas muertes a sus espaldas.

Fue exiliada a tu mundo, pues nadie se atrevió a matarla por las horribles consecuencias que podría acarrear en su persona y sus seres queridos. Es peligroso destruir a alguien de tanto poder, sobretodo si está imbuido de magia negra. La victoria no consiguió despejar la inquietud en las gentes de mi pueblo. A pesar de haber destruido el portal mágico que comunicaba ambos mundos, existía una reliquia que podría devolverla, con ansias de venganza y sed de sangre. Los Anillos Perdidos de Ávalon, desterrados tiempo atrás por haber sido fabricados con sangre de inocentes, por medio de las tenebrosas artes de un mago demente.

Intenté recuperar los Anillos, antes de que ella pudiera volver a utilizarlos. Me mandaron a tu mundo con ayuda de otra reliquia que Rose jamás se atrevería a usar, pues sólo alguien puro de corazón puede emplear su poder sin destruirse en el intento.

Pero he fracasado, he llegado demasiado tarde. Te suplico que la detengas, que me ayudes a frenar sus intentos de regresar a mi mundo, pues allí sería capaz de recuperar toda la magia que le arrebatamos. AYÚDAME. AYÚDAME. AYÚDAME.

Aunque toda una vida había transcurrido frente a mis ojos, la alucinación sólo duro lo mismo que un suspiro en realidad. Por norma general, no suelo inmiscuirme en los asuntos turbios de mis clientes, y esta vez no hubiera sido distinta de no ser por esos malditos ojos violetas, girando y girando sin parar. Mirarlos era como asomarse mareado a un abismo infranqueable. Y su voz seguía resonando entre las paredes de mi cráneo: Ayúdame.

Los matones se llevaron a la chica y la puerta volvió a permanecer cerrada. De nuevo, me quedé a solas con Rose, cuyos ojos verdes se asemejaban muchísimo a los de la Chica, pero sus pupilas en forma de espiral giraban en el sentido opuesto al de las agujas del reloj. Se encontraba pletórica, radiante, espléndida. Las piezas de su macabro plan empezaban a encajar a la perfección. Su voz rompió el silencio al que se había sumido la habitación.

- Me gustaría que te quedaras esta noche. Va a suceder un acontecimiento muy importante para mí, y desearía que me acompañaras.

Si de verdad esperaba rescatar a la Chica debía seguirle la corriente, aunque no sabía que en realidad no tenía elección.

Accedimos a los sótanos por unas escaleras de piedra ruinosas y extremadamente inclinadas. Aunque el recinto era húmedo y frío, parecía mucho mayor de lo que me había imaginado. Parecía, pues sólo podía intuir el tamaño por los ecos de nuestras pisadas y de los sollozos lastimeros de otras prisioneras que tampoco alcanzaba a ver por la oscuridad reinante. Como de si una orden mental se tratara, débiles luces comenzaron a alumbrar la apestosa catacumba. Los matones encendían las antorchas dispuestas en las paredes cavernosas, antorchas fabricadas con grasa que al ser quemada producían un olor nauseabundo.

Cuando mi visión se adaptó a la suave penumbra de la luz de las antorchas poco a poco iluminadas, alcancé a ver una imagen grotesca, espeluznante. Seis mujeres jóvenes, alguna apenas una niña, se encontraban tiradas sobre el frío y duro suelo de piedra, atadas de pies y manos, amordazadas y completamente desnudas. Sus lágrimas resbalaban sobre la mugre de sus rostros, y el terror no había tenido nunca para mí un rostro tan real. Sus cuerpos formaban una especie de círculo, cuyo centro presidía el cuerpo de la Chica, inconsciente, colgado a unos palmos del suelo, atado con regias cadenas cubiertas de óxido. Ella también se encontraba amordazada, y si seguía con vida, poco le faltaba para despedirse de ella.

Al terminar de encender todas las apestosas antorchas, los dos matones se interpusieron ante la única vía de escape, las escaleras, mirando con ojos enrojecidos a su ama y señora. Realmente lo tenía crudo si pensaba escapar de allí con vida, sobretodo con la cautiva de pelo rosa.

Rose también se desnudó ceremoniosamente. Le colocó con brusquedad los Anillos a la Chica en sus delgados tobillos. El cariz que estaban tomando los acontecimientos era aterrador, sin embargo, algo me mantenía inmóvil y en silencio.

Rose extrajo una espada corta y brillante de un estuche negro similar al que le había entregado horas antes, pero de mayor tamaño.

Sin mayores contemplaciones y alardeando de una sangre fría más propia de reptiles que de humanos, Rose comenzó a rajar y destripar los vientres de todas las mujeres

tumbadas en el suelo. Sus gritos de dolor, angustia, pánico, imposibles de contener con las mordazas, me estremecieron de pies a cabeza, y sus estertores de muerte fueron el sonido más indescriptiblemente aterrador que pudiera haber imaginado jamás. Deseaba huir de allí, salir corriendo, dejar de mirar la escena que acontecía ante mí, o simplemente gritar con todas mis fuerzas, pero seguía sin poder moverme. Algo, una misteriosa fuerza me obligaba a tener los pies quietos, los ojos abiertos y la boca cerrada.

En ese momento Rose me miró, y una siniestra sonrisa surcó sus labios ensangrentados. Me había atrapado sin darme cuenta. Intenté chillar de desesperación, pero de mis labios sellados no surgió ningún sonido. Mis gritos me ahogaron silenciosamente por dentro.

Cuando la vida se escapó de la última mujer agonizante en el suelo, Rose, implacable, se acercó lentamente a la Chica, que acababa de recobrase de su inconsciencia. Su rostro se contrajo en una mueca que entremezclaba miedo y odio, ira y dolor. Rose disfrutó mientras le rajaba con la espada, partiéndola prácticamente por la mitad, con un profundo corte de la garganta hasta el pubis. Con sus propias manos, destripó con saña el deformado cuerpo de su víctima, tirando al suelo cada una de sus escarlatas vísceras.

- ¡Por fin! – Exclamó, secándose con el brazo el sudor de la frente. – Es hora de volver a casa.

Me tendió su manchada mano. Fui incapaz de hacer cualquier otra cosa que no fuera obedecerla. Con su ayuda, me introduje en el cuerpo abierto de la Chica, justo antes que ella.

Ahora mismo escribo estas líneas con el miedo y la angustia de que ella las encuentre y me torture o algo peor. Me condujo a su mundo, que no tardó en volver a doblegar bajo su inflexible yugo de crueldad.

Para Rose soy poco menos que una puta, y si me mantiene con vida, es para poder regresar a mi mundo, y conquistarlo también. Para volver a abrir la puerta necesita de alguien que haya nacido allí, alguien que pueda ceñirse los Anillos Perdidos de Ávalon y morir como la pobre Chica de Pelo Rosa. Alguien como yo.

Por esa razón debo encontrar los malditos Anillos e intentar destruirlos, o morir en el intento.